

José Antonio Primo de Rivera en Javier

Ricardo Ollaquindia



El pueblo de Javier con su castillo a principios del pasado siglo

José Antonio Primo de Rivera vino a Navarra varias veces y por distintos motivos. Uno de ellos merece un comentario especial, precisamente porque no fue de tipo político, como podía esperarse de un personaje como él. Fue a Javier, pero no en una Javierada.

Me lo contaron unas mozas del pueblo, ya un poco mayores, recordando anécdotas de su juventud, cuando las casas del pueblo formaban un anillo que tenía dos joyas: el Castillo del Santo y el Palacio de los Duques de Villahermosa.

José Antonio se enamoró de una de las hijas del Duque, Pilar Azlor y Guillamas. Le escribió cartas, que eran, según un amigo de ambos que las conoció, «las más bellas cartas de amor».

Fue varias veces en moto a Javier y se entrevistaba con su amada en la chopera que bordea el Aragón, el río por el que bajaban almadías del Roncal. El duque no permitió aquella relación, no porque el pretendiente no fuera noble, que lo era, sino porque había fundado la Falange, un partido, según él, revolucionario, enemigo de la aristocracia.

El duque veía en el novio de su hija al político, al revolucionario que en octubre de 1933, pocos días antes de su his-

tórico mitin en el Teatro de la Comedia, se había enfrentado en Roma con Mussolini y trataba de implantar en España el fascismo.

Hay que recordar que el Duque era un multimillonario, dueño de extensas propiedades en Navarra y Aragón, y que José Antonio lideraba un movimiento revolucionario y antiburgués, de acción directa y de matiz campesino-obrero, y había preconizado «la dialéctica de los puños y las pistolas».

Y cuando José Antonio se enteró de que Pilar se iba a casar y celebrar su boda en el Parador de Gredos, tuvo la ocurrencia de convocar en aquel lugar una reunión de la Junta Política de su Partido; pero no consiguió lo que pretendía.

Ximénez de Sandoval relató aquel suceso: «Llegó (José Antonio) cubierto de polvo y cansadísimo. Abrazó a los camaradas que le esperaban y, después de lavarse, bajó al comedor. Hay poca gente Gredos es un lugar para reposo, para meditación, para trabajo o para luna de miel. En un rincón, iniciando la suya —se ha casado en Madrid por la mañana—, está 'Ella'. José Antonio la ve enseguida. 'Ella', le ve también y baja los ojos. El marido, probablemente, advierte la presencia de José Antonio. La situación es violentísima para los tres.

José Antonio, en hombre de mundo, avanza hacia los recién casados. Besa la mano de su antigua novia y estrecha la del marido. Les felicita y vuelve a su mesa, con el corazón lleno de amargura. Nadie advierte nada en su rostro. El hambre de lobo se le ha pasado súbitamente. Pero ha dicho que tiene hambre de lobo y no podría dejar de comer sin causar extrañeza en sus camaradas... Come y habla maquinalmente. Su pensamiento se aparta un poco de España para volverse sobre el yermo de ilusiones de su corazón juvenil. Ninguno de los comensales advierte su honda tristeza íntima. Su ironía es más fina que nunca, quizá porque por vez primera tiene un ribete de amargura. Como ha venido cansado, puede irse pronto a dormir. ¿A dormir?... ¿Podría dormir, sabiendo que 'Ella' pasaba sus bodas tan cerca?».

Ximénez de Sandoval contó que José Antonio, después de cenar, se marchó del Parador y durmió en una casa aldeana de la misma sierra y que después le confió a un amigo: «En mi vida he pasado una noche más horrible».

Al día siguiente volvió de mal temple a su trabajo político. Reunido con sus camaradas en un pinar y sentados en el suelo, les dijo: «yo os digo que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas...» Así fue. Azaña volvió al poder.



Pilar de Azlor y Guillamas hacia 1930

Ermita del Pilar en Pedrola donde matrimonio Pilar de Azlor (Foto Rafael Ollaquindia)

José Antonio Primo de Rivera, con Gregorio Marañón hijo, en 1930



José Antonio Primo de Rivera y sus camaradas en Gredos en 1935

El Frente Popular clausuró el centro de Falange Española.

José Antonio Primo de Rivera fue detenido y encarcelado. En la prisión sacó su vena literaria y comenzó a escribir una novela que iba a tener por título *El navegante solitario*. Según un crítico, era una novela sentimental, en la que se planteaba un interesante problema, seguramente autobiográfico: el dominio de una mujer en el que la posee espiritualmente.

Hasta en la cárcel y pocos meses antes de su fusilamiento en Alicante, José Antonio seguía con la espina de su amor por Pilar y del matrimonio de ella con otro.

Del amor que se inició en Javier, a orillas del Aragón, por el que las almadías del Roncal seguían bajando. 